

Borges en Alemania

Quizá del otro lado de la muerte
sabré si he sido una palabra o alguien.

Jorge Luis Borges: «Correr o ser», *La Cifra*

Borges en Alemania: fue su presencia física. Fue su última visita en otoño de 1982, a su lado María Kodama. Fueron horas y días pasados en varias ciudades; peregrinajes, que tuvieron un eco excepcional, casi triunfal en los medios de comunicación. En la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, por ejemplo, bajo el título «Borges, el visionario ciego», Marcel Reich-Ranicki, el entonces tan admirado como atacado «papa» de la crítica literaria alemana, escribe un artículo entusiasta sobre su encuentro con ese «ingenioso, si no genial argentino». Aparentemente no había esperado el impresionante conocimiento de la literatura alemana borgiano, relevado en monólogos —más que en diálogos— sobre Heine y Goethe y Thomas Mann, sobre Kafka, Ernst Jünger, Schopenhauer¹... Su homólogo en la *Frankfurter Rundschau*, Wolfram Schütte, en un artículo titulado «Los libros viven», compara a Borges con Tiresias, el ciego visionario de la tragedia griega, declarándose, como ya se expresa en el título, explícitamente en contra de una tontería intelectual entonces de moda: la tendencia de desprestigiar la obra de Borges como literatura de la literatura, es decir, como hecha de papel, de sustancia muerta. Es además, Schütte, uno de los pocos críticos sensibles para la sensualidad borgiana con la palabra. Sea lo que diga (en el caso concreto en inglés), imposible que no sea manifestación, «testimonio de un amor erótico al lenguaje», escribe². En el semanal *Die Zeit*³ el novelista austriaco Gert Jonke (nacido en 1964), recuerda su asombro, ese sentirse volcado hacia otro nuevo mundo cuando, muy joven, se encontró con *Labyrinthe*. (Título de un tomo con veinte cuentos, publicado en 1959; fue la primera traducción de Borges al alemán). Recuerda también, no esperando lo mismo de Borges, la suerte de haberlo visitado en casa durante su estada en Buenos Aires, 1977/78. Lo que ahora escribe sobre el reencuentro de 1982, refleja —entre líneas— respeto y mucho cariño a Borges, cuya obra conoce, por supuesto. Debe haber sido un diálogo muy a gusto de Borges; diálogo que Jonke inicia, preguntándolo, qué es lo que hace Beppo:

Beppo
El gato lúcido y célibe se mira

¹ *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 28-10-82.

² *Frankfurter Rundschau*, 28-10-82.

³ *Die Zeit*, 19-11-82.

en la lúcida luna del espejo
y no puede saber que esa blancura
y esos ojos de oro que no ha visto
nunca en la casa, son su propia imagen.
¿Quién le dirá que el otro que lo observa
es apenas un sueño del espejo?...

(La Cifra)

También para mí fue un reencuentro⁴. Los tiempos en que Jorge Luis Borges era profesor de literatura anglosajona en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, habían coincidido con los míos de estudiante de literatura e historia. Había visto, a veces diariamente, al ya célebre escritor. (La palabra «célebre» no le gusta; le ofrezco «clásico», a lo que responde con una risa simpática, abierta, contagiosa). Había sido además muy generoso, muy bondadoso conmigo al tener que dar un examen ante él. ¿Cuándo fue... cuál era el tema... en qué aula? Quiere saberlo todo y en detalle, mientras busca vestigios en su memoria. Pero igualmente le interesa lo que hago ahora y me cuenta de sus últimos trabajos; entre ellos la traducción al castellano del *Cherubinischer Wandersmann* (*El querubínico caminante*) del poeta Angelus Silesius (1624-1677).

Está ya con uno de sus pies en Buenos Aires, comparto sus últimas horas en Alemania. Como lo había deseado, había estado en Stuttgart en la casa de Ernst Jünger (nacido en 1895), de cuya novela *Stahlgewitter* (*Tormentas de acero*) guardaba un recuerdo vivo. El día anterior, en Düsseldorf: la casa natal de Heinrich Heine (1797-1856), poeta en quien, de cierto modo, ve un doble suyo.

—¿Y sintió algo de su espíritu?

—Sentir, sentirlo, no sentí mucho, es un museo, ¿no?

—¿Fue una desilusión?

—Bueno, mejor que no diga esto en público, responde.

Pero lo que sí le reconfortó, entusiasmó, fue encontrarse inesperadamente con un volumen de versos de Hölderlin (1770-1843), y la bella palabra *Umnachtung*. Literalmente: *ennochecimiento*, oscuridad mental semejante a la noche.

—El murió loco, Ud. sabe. Entonces al final del libro hay una sección con los últimos poemas que él escribió cuando estaba loco o estaba volviéndose loco. Y un editor lo muestra muy bien, dice: *Gedichte aus der Zeit der Umnachtung* (*Poemas de los tiempos de locura*). Es perfecto, ¿no?... *Umnachtung*... la noche que viene alrededor de uno, envolviendo a uno... Esto no lo hay en otra lengua. Yo siento que hay palabras comunes que tienen fuerza en alemán. Por ejemplo: *Nur wer die Sehnsucht kennt, weiss was ich leide* (*Sólo quien conoce el deseo ardiente/sabe lo que sufro*). *Sehnsucht* en nuestros idiomas no hay ¿no? Es *anhelo*, algo así. Y *Leide*, tiene mucha fuerza.

—Es de Goethe ¿no?

Si recuerdo algunos fragmentos del diálogo citándolos, es porque, creo, revelan algo sobre su actitud hacia la cultura, la literatura, la lengua alemanas. Y aunque expresa

⁴ Vine a ver a Jorge Luis Borges el 2-11-82, en su suite en el Hotel Bristol en Bonn; por encargo de la radioemisora Deutschlandrundfunk, Köln, y del semanal Deutsches Allgemeines Sonntagsblatt, Hamburgo. Emisión: 5-1-82. Publicación en los números 9-1 y 16-1-83.

palabras predilectas suyas como si las cantara, saboreándolas al mismo tiempo, insiste en que sus conocimientos del idioma son sólo los del «lector pasivo».

—Es como si fuera un alemán de vuelta y no de ida ¿no?

—*One way ticket...*

Refleja el diálogo además un Borges más bien desconocido o ignorado en ese entonces en Alemania. Al llegar con la cinta a la radioemisora, por ejemplo, lo primero que oí, fue: «Pero éste, esto, no es Borges». (La segunda reacción, más tarde también de oidores/lectores: «Tengo que leer/releer a Borges.») La tendencia había sido presentar o presentar con el «visionario ciego» una figura entre monumento y monstruo sagrado, que emana espíritu —en inglés—. Su voz de mortal entre mortales tan natural, tan animada, perceptible en *Siete noches* o, también, en sus conversaciones con Osvaldo Ferrari, contrastaba con la imagen hecha. Parecía imposible que un Borges dijera, entre risas, «sí, caramba...»

Yo misma no lo había esperado. Tampoco que riéramos tanto y llegásemos algunas veces al borde de llorar. Fue totalmente fuera de mi imaginación, que me pudiese pedir que le describiera su cara. Porque junto con Silvina Ocampo había descubierto a su bisabuela guaraní, y quería saber, si tiene rasgos indígenas. Además Norah, su hermana, alguna vez le había dicho que tiene ese tipo de cara que no interesa a los pintores.

—No lo dijo con malicia, lo dijo como un hecho ¿no?

Empecé con la estructura ósea, siguiendo con la descripción de rasgos ahora, a la edad de 83 años, muy finos; al llegar cerca de sus ojos, interrumpe:

—María Kodama tiene una cara muy linda, cara para pintor ¿sí?... Veo formas; veo formas; veo formas vagas. Ud. está allí, la veo. Y el vidrio. Hay un claro por allá. ¿Qué es? ¿La ventana?

—Es una lámpara.

—Ah, sí. Por allí hay una gran claridad. Y para allá ya no veo nada. Ahora, no estoy nunca en la oscuridad. Yo vivo en el centro de una neblina luminosa ¿no?, de un *Nebelglanz*, para poner a Goethe. Siempre veo esta niebla luminosa. Yo no quería estar en lo oscuro. Pero si cierro los ojos... veo lo mismo, igual...

Me conmueve Borges. Me conmueve que ese escritor célebre, reconocido, laureado en el mundo entero llegue a ser tan agradecido, hasta feliz al encontrarse con lo que se sobreentiende —de que uno (en ese caso yo) lee sus libros—, y que responda con tanta sinceridad y hasta cariño. Ya desde el principio del encuentro cuando, citando el primer versículo: «Desdichado el pobre de espíritu, porque será bajo tierra lo que ahora es», le pregunté si en su «Evangelio apócrifo» se uede ver su testamento, su testamento ético. Me dio una sensación como si se liberara en un acto de todas las distancias, de todos los disfraces, al responder, al principio con largas pausas entre cada palabra:

—Yo, sí. Sí, yo creo que esa página... Creo que es lo más esencial que he escrito. ¡Qué raro! Y casi nadie, casi nadie me ha hablado de eso. Usted es la primera persona que me habla de eso.

—Y ¿es un testamento ético?

—Sí, por supuesto. Es así. Gracias que se le ha ocurrido preguntar esto.

Pasamos a Jonathan Swift: «La historia de los ecos de un nombre» de Borges. Al «Informe de Brodie» a «Sur» —tanta desdicha, tantas angustias, tanta desesperanza— transformados en belleza. Me pregunta si leí la «Utopía de un hombre cansado».

—Ese cuento es un lindo cuento, ¿no?

—Es precioso.

—A pesar de que es muy triste...

Recuerda el «Evangelio según San Marcos» que quiere reescribir.

—Porque me parece que yo tengo que indicar de un modo claro, que el hombre sabía que van a sacrificarlo. Es mejor que sea un sacrificio voluntario; que él sea un Cristo que se sacrifica y no una víctima...

Nombra «La muerte y la brújula», por ser, en cierto modo, una variación del tema. Porque el detective sabe que lo van a matar. Recuerda a los protagonistas, todos con los apellidos de su color predilecto —el colorado—, el primer color que Borges perdió.

—Es como si fueran la misma persona, ¿no? Lo que había de ser todo ese cuento; una especie de parábola, o una metáfora del suicidio... Ese cuento lo escribí pensando en Buenos Aires. Quiere decir, por ejemplo, que Triste-le-Roy es Adrogué... El Hôtel du Nord es el Hotel Alvear. La rue de Toulon es el Paseo Colón. En fin. Todo está hecho como una especie de *nightmare* de Buenos Aires.

A Ud. ¿le gustan estos cuentos?

—Sí, me gustan mucho.

—*El libro de arena* es mi mejor libro. Mejor que los anteriores... Ahora yo escribo más sencillo ¿no?

—Sí, pero creo que parece sencillo.

—Yo no sé. Me costó mucho trabajo.

—Tiene profundidad su sencillez, poesía, música.

—Muchas gracias.

El mejor cuento que yo he escrito es uno llamado «Ulrica», que está en *El libro de arena*.

—¿«Ulrica»? ¿Es éste el cuento, que usted más quiere?

—Sí, pero quién sabe.

La dicha

El que abraza a una mujer es Adán. La mujer es Eva.

Todo sucede por primera vez.

He visto una cosa blanca en el cielo. Me dicen que es la luna, pero qué puedo hacer con una palabra y con una mitología.

Los árboles me dan un poco de miedo. Son tan hermosos.

Los tranquilos animales se acercan para que yo les diga su nombre.

Los libros de la biblioteca no tienen letras. Cuando los abro surgen.

Al hojear el atlas proyecto la forma de Sumatra.

El que prende un fósforo en el oscuro está inventando el fuego.

En el espejo hay otro que acecha.

El que mira el mar ve a Inglaterra.